

La Cruz del Sur

N.º

23



PROSAS de: Gervasio Guillot Muñoz, Guillermo de Torre, Montiel Ballesteros, Emilio Frugoni, Jaime Morenza, José G. Antuña, Franz Rauhut, Sebastián Morey Otero, Enrique E. Potrie, Eugenio Petit Muñoz, Alberto Lasplaces.

POEMAS de: Rosamel del Valle, H. Díaz Casanueva, Gerardo Seguel, Francisco Espínola (hijo), Mario Menéndez, I. Pereda Valdés, María Elena Muñoz, María C. Izcuca de Muñoz.

CARATULA: Aguafuerte de Ricardo Aguerre.

GRABADOS de: Rafael Barradas, Castagno, Mérida y Pab'o Barbieri.

La Cruz del Sur

Revista de Arte y Letras

ALBERTO LASPLACES, JAIME L. MORENZA, GERVASIO GUILLOT MUÑOZ,
ALVARO GUILLOT MUÑOZ, MELCHOR MENDEZ MAGARIÑOS

SUMARIO

BARRADAS	GERVASIO GUILLOT MUÑOZ
ADIOS A BARRADAS	GUILLERMO DE TORRE
BARRADAS EN NUESTRO RECUERDO	MONTIEL BALLESTEROS
BARRADAS	EMILIO FRUGONI
TRES POETAS CHILENOS	Poesías de ROSAMEL DEL VALLE
	H. DIAZ CASANUEVA
	GERARDO SEGUEL
UN NUEVO LIBRO DE MARIATEGUI	JAIME MORENZA
NOCTURNO AMERICANO	Poesía de FRANCISCO ESPINOLA (hijo)
ATARDECER	" " MARIO MENENDEZ
LOS CLASICOS DE AMERICA Y LA EXPRESION PROPIA CONTI- NENTAL	JOSE G. ANTUNA
TRES CANCIONES	Poesía de J. PEREDA VALDES
VIOLACION DE CORRESPONDENCIA	ALCIBIADES
COMO UN PUÑADO DE AGUA	Poesía de MARIA ELENA MUÑOZ
DOS POETAS ALEMANES CONTEMPORANEOS	FRANZ RAUHUT
GUSANOS	Poesía de MARIA C. IZCUA DE MUÑOZ
UN DESCUBRIMIENTO CHILENO: LA NUEVA EDUCACION ES UN DELITO	SEBASTIAN MOREY OTERO
VARIETE	ENRIQUE E. POTRIE
NUESTROS ARTISTAS JOVENES: PABLO BARBIERI	G. R.
ESQUEMA DE UN SIGLO DE ESTETICA	EUGENIO PETIT MUÑOZ
BIBLIOGRAFICAS	ALBERTO LASPLACES
DOS NUEVOS LIBROS DE LA "EDITORIAL LA CRUZ DEL SUR".....	
NOTAS Y COMENTARIOS	

PARTE GRÁFICA

CARATULA (AGUAFUERTE)	RICARDO AGUERRE
AUTORRETRATO	RAFAEL BARRADAS
JUAN CARLOS MARIATEGUY	Retrato por CASTAGNO
CARDOZA Y ARAGON	" " MERIDA
MATERNIDAD	Dibujo de PABLO BARBIERI
LA PECADORA	Escultura " " "
BUSTO DE INDIA	" " " "

AÑO V.

N.º 23

MAYO 1929

MONTEVIDEO

N O C T U R N O A M E R I C A N O

A J U L E S S U P E R V I E L L E .

F É M I N A

Sobre el lecho, dormida, te contemplo, alma mía;
hace ya tantas horas que velo junto a ti!...
Pronto se abrirá el alba y yo estoy todavía
hundido en un lejano rincón, mirándote.

Es tan hondo mirarte dormir bajo la noche!...
Duerme, duerme, mi vida; rodeada de lo que
te ha dado mi fatiga; he trabajado tanto
para tenerte así!

Duerme, duerme, mi vida; ya ha pasado la luna
más prietos son los pétalos de la lúcida flor;
el mundo también duerme bajo las altas bóvedas
confiado y ciego como tú.

Adán en las obscuras auroras de la raza
quizá también veló
con la boca trabada y sintiendo apretársele
la misma soledad.

Acurrucada entre el calor de sus pieles
en el cubil dormía la primera mujer...

Padre, mira a tu hijo azorado
como tú!

No te culpo de nada; véme, hinchador de vientres
yo también!

Mira, padre lejano, si de algún lado atisbas,
como lloro, en silencio para no despertarla.

Ay! y un día la mirada de mi hijo, como un yugo,
me agachará la frente.

¿Qué fuerzas nos empujan a las celestes formas?

Sentimos el amor, mas no es nuestro el amor;
con los ojos vendados ellas se acercan
y quedan con su hijo y los ojos vendados.

Ellas no están jamás con nosotros;
su sonreír es viejo y futuro a la vez.

Un esquivo violento ha hecho a lo presente
ese pegado sonreír.

Llegan y percibimos que toda nuestra vida
ha sido su esperar;

caemos en sus brazos y sentimos entonces
como si fuese todo lo que hacemos mandado.

A nosotros nos descubre la palabra;
a ellas las oculta más, aún.

¿De qué regiones traen ese hálito no del todo desconocido
pero imposible de recordar?

¿Qué buscan de los machos? No preguntamos nada.
Tapiados los sentidos caemos sobre ellas;
luego, nos levantamos tres.

La mujer hace un círculo con su hijo y se encierra;
sentimos que es lejana como una estrella, ya.
Si el hijo se le cae, torna a pedir otro hijo
sobre quién sonreír...

Y un foso nos separa; el macho pisa el mundo
dejando en todo la marca de su pie;
enfrenta el cielo, sacude, ruge, increpa,
llena la soledad.

Y al regresar encuentra a la hembra absorta
en su propia sonrisa dada vuelta hacia ella.
Mientras la tierra toda se agita en convulsiones,
ella sonríe, inmóvil.

¿Qué es esto, viejo padre? ¿En las noches larguísimas
de los primeros días no sorprendiste nada?

Me dan ganas de destrozarla como un muñeco-
por ver qué tiene.

Qué escalofrío si un día tu siglo pasara al lado del mío
y nos encontráramos, ceñudos ambos, y mirando de soslayo alrededor!

—Me adosé a una mujer!

—Yo también me he adosado!

Y nuestras miradas se empujarían mudas una con otra.

Una cadena de siglos atisbando
y nada!

Ella no mira los abismos ni el cielo;
ella se contempla y sonríe.

¿Qué sabe ella que nosotros no sabemos?

Maldita silenciosa!

Su hijo dentro del vientre, su hijo sobre el vientre,
y ya tiene todo para seguir sonriendo.

Mi viejo padre, nunca sentiste ganas en tu guarida
de prolongar tu caricia con las uñas?

Yo, un día, premeditando tirar de sus labios como de un empaquetado desprendido,
me detuve porque ví una sonrisa más grande, debajo.

Y siento ganas de llorar, padre mío;
de llorar a gritos en esta noche igual a las tuyas!

El amor es para mí un sendero
por donde me llevan a empujones, con la cabeza entre los hombros.

Y gimo por todos los machos
que encienden un fuego desconocido y sin objeto.

A veces parece que alguien se sirve de nosotros como de cirios;
como de fúnebres cirios para una esperanza muerta flotante y vagabunda
más larga que la tierra.

Ay! remoto padre a quien mi brazo alcanza,
está solo el macho entre los anchos círculos en remolinos, ¿eh?

Ella no se amiga jamás

y vive lejos, recordando y como pronta a irse llevándose algo.

Mañana, cuando el sol llegue,

¿será bueno, padre mío, torcerle los brazos hasta dislocárselos
y sepultar su sonrisa, hasta que no se vea,
bajo sus lágrimas?

Viejo padre, mi impulsador, mi lanzador, mi culpable,
¿me traerán tranquilidad los ayes y los rugidos

y esas muecas que pasan por la cara dejando fijas arrugas
como carros sobre la tierra blanda?

Pero no, no! Ay, amor mío, duerme!

Duerma tranquila bajo mi techo la pasajera, la incontenible, la fugitiva, el ave para
 quien es mi vida sólo un pedazo de la aérea vía
 de su vuelo;
 duerma mi entristecedor amor!
 Yo siento que no es tuya la fuerza que te empujó hacia mí.
 Me quieres como a mi casa, donde vives,
 nada más, ay, amor mío, y yo querría otra cosa!
 Pero si no es posible, si es destino del macho
 agitarse a obscuras en este profundo embudo por donde, a horas justas, se ven pasar los astros
 ¿qué haré sino llorar?
 Duerme, duerme oh mi, ahora, dormida, más lejana que nunca!
 Quizás en este momento estés llegando de lejísimo
 tirando hacia tu cuerpo la pequeña llama inminente;
 la triste, oscilante llama que tiene en mí su originario roce maquinal
 y a la que un viento helado irá acercando desde que surja,
 poco a poco, lentamente, a las frías tinieblas
 que se la tragarán sin ruido.
 Duerme, duerme y sonríe, nomás!
 Quizás en tu insoportable sonrisa esté la clave de todo;
 quizás ella hable una palabra dulce que aún no podemos escuchar.
 Duerme, duerme, amor mío!
 Cuando despiertes yo estaré todavía
 hundido en un lejano rincón, mirándote.

FRANCISCO ESPÍNOLA (HIJO).

A T A R D E C E R

Los vientos del crepúsculo abaten
 las amapolas que encendió el sol.
 Atardece.
 El cielo es vacilante.
 Lleno de palideces.
 Como mujeres que han vivido mucho
 se ahonda el cielo de ojeras.
 Un poco más y el cielo habrá vestido
 el dominó de la noche
 donde se esconde la traición y florece el amor.
 Atardece.
 Es hora de abandono
 para la conciencia de los que lucharon
 y para los cuerpos de los obreros
 que van a estirar sus fatigas
 entre cuatro paredes oscuras como cárceles
 como en paradajales cofres de miseria.
 El cansancio está en todo.
 Las chimeneas de las fábricas
 se enlutan con el último aliento de las máquinas
 aliento en el que echan humo pesado y negro
 que también de cansancio busca un lecho
 y bajito, bajito, sin ilusión de subir
 va estirándose despacio
 acostando su pereza
 en el lecho grande y blando del mar.

MARIO MENÉNDEZ.